

se pasaba las horas muertas desvelándose por el bienestar de sus semejantes, á ese que le mordiera un perro... Y todavía, si el inventor era extranjero, menos malo; pero para el mexicano estaban todas las puertas cerradas, todos los caminos tapiados, no había que pensar en eso.

— No tengáis cuidado; yo me encargo de vuestro asunto. Ved á Eloin y exponedle cuanto me acabáis de decir... En mi gobierno no se verá que el mexicano ameritado sufra desprecios ni menos que se le posponga al extranjero sin valer. Ved á Eloin y podéis estar seguro de que si vuestros inventos son de importancia, se os protegerá y el Estado os comprará alguno ó algunos: por ejemplo, esos explosivos que tan aplicables serían contra los disidentes; esas lámparas tan económicas que darían buen resultado para alumbrar las poblaciones, ó ese cañón automático que llamáis *cañón Maximiliano*.

Al fin cesó la entrada de pretendientes, y el Emperador me dijo como aliviado de un peso:

— Ya se marchó el último... ¡Qué fastidio, Dios mío!... Creí que me acababa esta nube de pedigüños... Ahora soy todo vuestro y podéis disponer del tiempo que gustéis para hablarme de vuestro negocio.

Quedóse un rato como pensativo y luego exclamó:

— No puede negarse que es genial la idea de Robles... Tiene talento el Padre... Ya sé lo que os trae y os lo digo

porque en el rostro os lo conocí... Queréis un ascenso para el buen vizconde Lapierre...

— Sire...

— Ya sé que os interesáis por él y podéis contar con el ascenso. Le he dado la cruz de Guadalupe, le daré la del mérito militar y veré de mejorarle mientras pueda: es mozo que vale.

— Sire, os agradezco la buena voluntad que demostráis por el teniente coronel Lapierre, y más os agradezco que haya influido para concederle las gracias que le tenéis acordadas el recuerdo de la amistad que le tengo... Pero no era ese el asunto de que pretendía hablaros...

— ¡Ah! pues decid lo que queráis, quedo y por concedido cuanto solicitéis... Me acaban de traer el plano del soto de Chapultepec y os le voy á mostrar: éste es el lugar destinado á los ciervos; éste es el que pertenece á los coyotes y lobos; aquí dejamos un espacio libre para las aves de rapina... ¿Verdad que es hermoso? Vais á ver ahora la serie de mejoras que pienso emprender en el alcázar virreinal... ¿No es cierto que no le conocerán los que le han visto viejo, sucio, abandonado, sin cultivo y sin belleza? Los primeros tiempos de un régimen nuevo son laboriosísimos: aquí donde no existen precedentes, usos ni costumbres, es necesario formarlos todo: acabo de nombrar una comisión de que forman parte Almonte, Mangino y Pereda, y que yo presido: se trata de reglamentar el ceremonial palati-

no. Ya veréis, cuando todos acaten lo que les mande la ley, cómo se hacen casi automáticamente los servicios de la corte... En este palacio, caserón destartado y sin gracia, pienso hacer grandes cosas: en la parte Sur construir una gigantesca pajarera en que pondré todos los volátiles de nuestros bosques... Figuraos qué bello será, cuando la aurora me sorprenda trabajando, escuchar la voz enamorada del sinsonte, la dulce del jilguero, la alegre del saltapared y la triste de la tórtola, y en seguida los reclamos, los gritos, los graznidos, los cloqueos, los zureos y las mil voces de las aves que madrugan... Luego iré á contemplar mi república alada y me deleitaré observando los ensayos que para volar emprenden los pequeños, los celos y las envidias de los más grandes, sus costumbres, su manera de empollar, de procurarse la comida y de avenirse á la vida doméstica... Naturalmente, gozaré lo indecible con estas cosas; pero ya os podéis figurar el deleite que me proporcionará el ver aquel batallón volante encaramado en las ramas de los árboles; trepando en las alcándaras que se hallarán de trecho en trecho y que les harán parecer animales heráldicos; cogidos de las rejas; guarneciendo las vidrieras; surcando el espacio y en todas partes mezclando sus colores, reuniendo sus matices, alegrándolo todo y á todo dándole vida... En cambio, este espacio (señalando el plano) merece que se le dé otro destino... ¿Sabéis qué es? Es el espacio en que se representó en México la come-

dia parlamentaria; es el salón de la Cámara de diputados. . Aquí se representará otra comedia, pero más alta y más hermosa: la comedia culta y elegante en que hablarán la pasión, el odio, el rencor y la venganza por boca de los más grandes ingenios del orbe: Calderón, Shakespeare, Alfieri y Schiller nos aterrorizarán con sus inmensas concepciones; Tirso, Goldoni, Moratín y Bretón nos harán reir con sus sales inimitables; y todos, todos los poetas harán nuestra delicia...

Yo estaba impaciente, pues el péndulo de ébano que se meneaba sin cesar me asustaba acercándose á las nueve, hora en que el soberano se retiraba á su aposento. Y como si hubiera querido burlarse de la garrulería del Emperador, la aguja larga y flexible apuntaba en la inscripción latina que decía: «La vida se compone de horas; nunca pierdas una.»

— ¿Mas cuál era vuestro negocio? Decídmelo, que ya os escucho.

— Sire, ya sabéis, porque desde Miramar os lo expliqué, cómo deseo el arreglo del negocio Jecker para poder reconquistar mi fortuna odiosamente robada por los republicanos.

No se necesitaba ser gran psicólogo para conocer que Maximiliano había tomado á mal la petición; el rostro placentero, la voz apacible, los ojos brillantes se oscurecieron con una sombra de tristeza.

— ¡Oh, Dios mío! exclamó; ¡la reclamación Jecker me

sigue como la sombra al cuerpo!... No puedo dar un paso sin que me hablen de Jecker, lo mismo el cuartel general francés que mi gabinete particular, que la correspondencia de Napoleón III... Y lo cierto es que hay en eso un horrible fraude, una concusión espantosa, la estafa más grande que ha visto el mundo... Y claro que no lo digo por vos, que no tuvisteis en el asunto arte ni parte, y que reclamáis con justicia lo que os pertenece y que se ha sumergido en esa inmensa vorágine; lo digo por vuestro cuñado, el ambicioso, el feroz Jecker, que tiene una bulimia de dinero que le ha de llevar muy lejos... ¡Quién iba á recordar que, tras vuestro abolengo español, había el signo de alianza con esa rama perversa y miserable de los Jecker!... ¡Cómo difieren las cosas modernas de las antiguas! Grecia y Troya se batían por una mujer bella; México y Francia pelean por los papeles sucios de un usurero ladrón...

Me quedé desconcertada ante aquella serie de denuestos y apenas pude decir, por decir algo:

— Yo, Sire...

— Vos, en verdad, no tenéis la culpa de estas cosas... Vuestra deuda es sagrada, y yo creo conocer su monto... Esperad, que aquí tengo el expediente.

Empezó á buscar en el escritorio, pero nada hallaba.

— Aquí está, me dijo: no; es el expediente relativo á la formación de la Guardia Palatina.

Siguió buscando entre una inmensa aglomeración de papeles, y me gritó desde el fondo de entre ellos:

— Esto es lo relativo á la orden del Aguila Mexicana... ¿Qué será esto? «Cuenta del carbón que se gastó en Julio pasado en la cocina imperial»... Este, este mamotreto de forro amarillo sin duda que sí es el buscado... ¡Ah, no! la portada dice: «Auxilios prestados á la condesa Paula Kollonitz»... ¿Qué sigue aquí? «Proyecto presentado á S. M. para la fundación de la orden imperial de San Carlos»... No es; á ver si éste... Creo que sí... ¿Cómo dice? «Ley de preeminencias de funcionarios»... Este cuaderno gordo, ¿qué será? ¡Ah, sí! «Código de marina del imperio mexicano.»

Se sentó desconsolado y entonces me dijo:

— ¡Si tiene que parecer! Ya veréis cómo parece el expediente... No puede haberse perdido.

Hurgó más en los papelotes aquellos y encontró un recibo de Almonte; dos cartas del Mariscal noticiándole fusilamientos de disidentes; una cuenta del sastre; muchos billetitos pidiendo auxilios; un calepino lleno de notas; un estudio sobre el árbol de las manitas; un retrato de la Emperatriz; dos tomos del memorial de Santa Elena; un ejemplar de la colección de poesías que le arrojaron el día de su entrada; una pipa de obrero y un gorro de señora con todo y *bavolet*.

— Ved lo que me encuentro, dijo reventando de risa; un sombrero de señora... ¿Quién habrá puesto aquí ese

sombrero? Será tal vez de la Emperatriz... En fin, que el expediente del negocio no parece...

Dió una vuelta por la habitación y luego, golpeándose la frente, exclamó con prisa:

— Ya me lo explico... ¡si aquí nada tengo; si está en poder de Bonnefonds!... Pero no os apuréis; vos contáis con mi buena voluntad y con tal que le hagáis al Señor aquellas preces que rezan en la misa: *Ab homine iniquo et doloso erue me, et discerne causam meam de gente non sancta...* ¿No entiende usted el latín? Quiere decir: «Líbrame de los Jecker y separa mi causa de la causa de los pícaros...»

Comprendí lo que S. M. me aconsejaba y le dije sonriendo:

— No llevo más interés, Sire, que recuperar lo que justamente se me debe... Con Juan Bautista no me liga más lazo que el del parentesco.

— ¡Triste lazo en verdad!

— Y el de los servicios que me ha prestado.

— Porque os cree fuerte y capaz de ayudarle.

— Quizás, Sire.

— No lo dudéis... Bien, bien, ved á Eloin y exponedle todo; es menester que él tome vuestra defensa.

— Así lo haré, Sire.

— Y á propósito, ¿qué pasa con vuestra gran reclamación, la de las haciendas que se os usurparon?

— Sire, está pendiente del hallazgo de unos documen-

tos. Mi primo Moncalián, el descubridor de los papeles, vive en España, y como no cuenta con dineros, se limita á escribirme suplicándome influya cerca de V. M. para que nos preste su poderosa ayuda.



— ¡Ya lo creo que os la prestaré! Y contando con vuestro permiso, escribiré á los jueces de los departamentos recomendándoles vuestra justísima pretensión.

— Vuestra Majestad es muy bueno.

— En eso sí podéis triunfar. Contad con ello... Es pleito ganado... ¿A cuánto asciende vuestro crédito?

— Sire, no se puede calcular; son muchos millones.

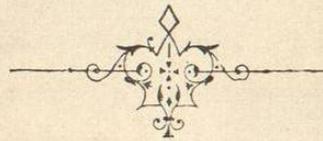
— Consagraos á eso de toda preferencia y dejad el negocio *vereux* del bribón de Jecker.

— Sire, se trata de mi legítima paterna.

— Como gustéis. Yo os lo decía...

En ese instante el reloj dió las nueve; el Emperador se levantó apresurado, yo me despedí á toda prisa y la aguja larga y negra señaló el renglón latino:

«De horas se compone la vida; jamás pierdas una.»



CAPÍTULO VIII

Dime con quién andas...

SEIS días tuve que esperar para que me recibiera el consejero Eloin. En mi vida he visto sujeto más finchado que Su Excelencia. Todo lo sabía, todo lo conocía, de todo estaba penetrado, lo adivinaba todo. Era belga, paisano de la Emperatriz, de cara insignificante, ojos chiquitos y negros, color encendido, gran bigote rubio y cabellos largos. Maximiliano, que tenía el afán de conocer todas las cosas del imperio y de resolverlas personalmente, había sujetado lo divino y lo humano á la inspección de su gabinete y había puesto su gabinete bajo la dirección de Eloin.

Pero ¿quién era Eloin? ¿qué había hecho? ¿qué obras de política había escrito? ¿qué tratados de paz había ajustado? ¿qué pruebas había dado de la ciencia, la experien-